

MI DELICIA Y MI EMBLESO.
¡Ay! ¡cuando diré á tus rejas,
Como cantaba algún tiempo,
Ciego de amor y esperanzas,
Que cual himno se han deshecho:
«Nunca yo hallado te hubiera;
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú, por mi ventura,
Salieras, Rosana, á verlos!»
Cuando... — Aquel llegaba un triste,
A quien del Tórnes trajeron
Al Eresma desterrado
La envidia, el odio y los celos.
Los compasivos zagales,
Que sus gemidos oyeron,
Consuélanle, y él responde
Que á un ausente no hay consuelo.

ROMANCE XXXI.

EL CONSEJO DE JACINTA.

Con Pascuala Gil se casa,
Y á la linda Fili olvida;
Lo que en la zagala es luto,
Será en Lucindo alegría.
Sirvióla Lucindo un tiempo;
Pero el engaño y la envidia,
Cual nube al sol contrapuesta,
Así celsparon sus dichas.
Un chismoso de la aldea
Fingió agravios y malicias,
Que á la sombra se abultaron
Del acaso y la mentira.
El zagal, que no debiera,
Despreciólos, en su fina
Voluntad asegurado,
Y en su inocencia sencilla;
Pero lastimóse Fili,
Que es sensible cuanto linda,
Y sin desdenes ni quejas
Dejó á Lucindo, ofendida.
Luego á Gil quiso, en despique,
Si es amor una porfia,
O si jamas un cuidado
Con un disgusto se alivia.
Lucindo llora el olvido,
Y en vano ruega y suspira,
Que donde el engaño adula,
Nunca la verdad se estima.
¡Oh! ¡qué de veces el triste
Buscó fino á su querida,
Y con mil rendidas ansias
Amalnar tentó sus iras!
A sus plantas ¡qué de veces
Sus verdades ratifica,
Confunde apariencias vanas,
Injustos celos disipa!
Mas Fili, en su enojo ciega,
Cuanto el zagal más la obliga,
Más ciertos da sus agravios,
Y huye más y más su vista.
Bien haya Gil, que por necio
La saca de esta agonía,
Y libra cortés á entrambos
De un martirio de por vida.
La niña el desaire siente,
Y entre agraviada y corrida,
Por Gil, la boda y sus piques
Es la canción de la villa.
Pero ella á Lucindo quiere,
Él la adora y la suplica,
Y así del otro el desvío
Será el tris de sus riñas.
Todos así lo murmuran;
Y ya en el baile Jacinta,
Viéndola tan triste y sola,
Le cantaba el otro día:
«Zagala del Tórnes,
Deja de llorar;
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.»

» Porque Gil se casa,
No tan boba seas,
Que tú el tiempo llores,
Que él ríe y se alegra.
Ejemplo en él toma,
Y olvidale á par;
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.
» Lo que Gil se pierde
Lucindo lo gane,
Puesto que en el trueque
Bien librada sales;
Y pues es tan necio,
No le llores más;
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.»

ROMANCE XXXII.

LA TERNURA MATERNA.

¡Oh! ¡cómo me encanta, Fili,
Gozar del juego inocente
Con que entre risas te halaga
El ángel que al pecho tienes!
¡Cual con sus tiernas manitas
Te lo bate, y las extiende
Hasta tus frescas mejillas,
Hundiéndolas suavemente!
Luego la cabeza esconde,
Y hace como que se duerme,
Y entre mil gozos y mimos
Entre tus brazos se mece;
Mas al punto el taimadillo,
De su quietud impaciente,
Con nuevas fiestas y risas
Salta y de tu cuello pende.
Tú con miradas de madre
Lo contemplas, y le vuelves
Por cada caricia un beso,
Que á nuevos juegos le mueve.
Bien la dulzura y gracia
En sus ojuelos alegres,
En su boca los gorjeos,
La candidez en su frente.
No hay en torno los donaires
Con que inquieto te entretiene,
Ternura que no le grites,
Ni bendición que no le echas.
Clavel, lumbroso diamante,
Perla de subido Oriente,
Cielo, sol, ángel, lucero,
Todo aun poco te parece;
Y en el suavísimo encanto
En que viéndolo te embebes,
Por tus ojos á su pecho
Volásete el alma quiere.
Yo, mudo y enajenado,
Siento el mio blandamente
Latirme, y parto contigo
Tan sobrehumanos placeres.
¡Dichosa Fili! tú gozas
Cuanto bien gozarse puede;
Tu seno nada en delicias,
Tu rostro en gloria y deleite
Puro, angélico, sublime;
No el grosero que se bebe
Del vicio en la amarga copa,
Por Gil, la boda y sus piques
Es la canción de la villa.
¡Ves cuánto la virtud vale!
¡Cual sus encantos commueven
El alma, y de madre tierna
Son los éxtasis celestes!
¡Lo ves, Fili! fausta sigue,
Y en gozos y afectos crece;
Da otro beso á tus amores,
Y otro y otro aun más ardientes.
Él los busca, y te provoca
Con sus donosos juguetes;
Te mira, y se oculta y ríe,
Y en gorjeos enloquece.
Con estas gracias empieza,

Y feliz la llama prende
Que en lazada deliciosa
Os ha de atar para siempre.
De ora haciendo que dos pechos
Con sola una vida alienten,
Y en ver y en querer conformes,
Su union más y más se estreche.
Hoy el pechuelo infante
Que es hijo á tu pecho siente;
Y este amor, sin conocerlo,
Lo mama en tu dulce leche;
Este amor santo, que un día,
Como el árbol que se extiende
Rico en sazonados frutos,
Creceará, y dárteles debe.
Y tu descanso y delicia,
Lleno de bondad y bienes,
Gloriosos hará tus años,
Tan fiero como obediente.
Cuanto hoy por su débil vida
Tu seno en afectos hierve,
Tanto y más y más de obsequios
Verásle en torno volverte.
Verásle, madre dichosa,
Cuando sus gracias desplieguen
Adelantados los días,
Como él las luce inocente;
Cual solcito pregunta,
De tus avisos aprende,
Y tus virtudes remeda,
Y su razon se esclarece.
De ora un enjambre de nietos,
Lindos cual él te previene,
En cuyas vidas la tuya
Con nuevo verdor florece;
Y en cuyas ilustres prendas
Correrán de gente en gente
Las que en riquísima mina
Tu corazón ennoblecen.
De ese tu rubio cabello
Se ajará el oro fulgente,
Arando la arruga fea
La fresca tez de tus sienas;
Y entonces de nuevo en ellos
Vivirás, cual en Oriente
Diz que entre aromas renace
De sus cenizas el fénix.
Hoy siembras, Fili, y el llanto
Que tan delicioso viertes,
Es un plácido rocío,
Que los frutos desenvuelve.
Siembras, y con grato influjo
De esa tu feliz simiente
Sazonará el sol un día
En abundancia las mieses.
Siembras, y abrirse en su seno
Verás, Fili, en plazo breve
Las rosas de su inocencia,
Y de tu amor los claveles.
Riega oficiosa la planta,
Y en solicitud perenne
Del fogoso Can la libra,
Y los hielos de un Diciembre.
Vela en su amparo, y ten cuenta,
Si algún ramito se tuerece,
Que la razon lo dirija,
Y no el cariño te ciegue;
Que así pomposa y lozana
El cielo hará que descuelle
Sobre cuantas hermocean
Los más floridos vergeles;
Y que en pos de su fragancia,
Felice á todos se lleve,
Porque tu nombre y tu gloria
Con los snyos se acrecienten. —
Así yo á Fili hablaba,
Que no á mí, á su hijuelo atiende;
Estréchalo en su albo seno,
Y él mamando se adormece.
Fili ni aun respirar osa,
Porque su amor no despierte,
Y con languidez suave

Mirándolo, se enternece.
Esposa y madre, en su rostro
Rubor y amor santamente
Brillan unidos, y un ángel
Para mis ojos parece,
Que en lágrimas inundados
Sentí al punto; y reverente
Ya, aunque hermosa, no vi en Fili
La Fili de mis niñeces.

ROMANCE XXXIII.

AUSENTE DE CLORI, SU AMOR
SÓLO ES MI ESTUDIO.

¡Qué me aprovechan los libros!
¡Y qué en mi triste aposento
Morar como en cárcel dura
Aherrojado siempre entre ellos!
Mis ojos sus líneas corren,
Y en oficioso desvelo
El labio tereo repite
Sus verdades y preceptos;
Mientras la mente embebida,
Bien mio, en mil devaneos,
Burla mi conato, y vuela
A buscar más noble objeto.
La imaginación fogosa
Con delicioso embeleso
De mis pasadas venturas
Hermosa los recuerdos;
Y en sus vagarosas alas,
Como en un alegre ensueño,
Tras lo que perdido anhela
Lanzándose el pensamiento,
En el solitario bosque
Ora á tu lado me encuentro
De aquel jardín, confidente
De nuestros dulces secretos;
Donde huyendo veces tantas
Con inocente misterio
De la calumnia los tiros,
Los ojos de un vulgo necio,
Emboscados, como solos
En medio del universo,
Nos cogió espirando el día,
Clori, envidioso el lucero,
El pecho en rendidos ayes,
El labio en finos requiebros;
Y amor plácido sellando
Nuestros fieles juramentos.
Ora inflamando mi númen
Al brillo de tus ojuelos,
Mil ternezas me imagino
Cantarte en mis dulces versos;
Que, cual mi pecho sencillos,
Como mi llanza tersos,
En tu delicada lengua
Adquieren más alto precio.
Ora que en Pedra templamos
De amor los horribles fuegos,
O en tu seno, triste Zaida,
De tu Orosman el acero;
Y ora que en la amable Julia
Sus derretidos conceptos,
En su lección encantados,
Confundimos con los nuestros;
Con solícita fineza
Contino buscando aquellos
Que á nuestra inefable llama
Semejan, bien que de lejos.
Tal vez recuerdo, infelice,
También nuestro adiós postrero,
Tú en el sofá desmayada,
Y yo á tus pies en silencio;
Sonando la fatal hora,
Sin poder yo, en mi despecho,
Ni huir del mandato odioso,
Ni á ti dejarte muriendo;
Partiendo en fin; y á tus brazos
Y á decirte adiós de nuevo
Loco tornando, abismada

Tú en dolor, yo sin aliento,
O ya en éxtasi más grato
Doy nuevas alas al tiempo,
Y rayando el fausto día
De volver, mi bien, á vernos,
Traspaso los altos montes,
Quealzada su frente al cielo,
Hasta el paso cerrar quieren
A mis ardientes deseos.
Desde su enriscada cumbre
Vislumbrar en sombras creo
La corte ya; el ansia crece,
Y dejando atrás el viento,
Aguijo el correr, la rueda
Gime en su rápido vuelo,
Grita el mayoral, y el tiro,
De polvo y sudor cubierto,
Entra en fin por la ancha calle,
A quien la imperial Toledo
Da nombre, á tu casa corro,
Y el callado umbral penetro.
Llego á tu dichosa estancia;
Encuéntrate sola, y ciego
A tus pies me precipito,
Y lo baño en llanto tierno.
Tú, lanzando un grito alegre
De sorpresa y de contento,
«¡Es posible, amado, exclamas,
Que abrazarte otra vez puedo!»
Y ahincadas tus manos tienes;
Tus manos, en que mil besos
Estampo yo; tú suspiras,
Y el placer... sobre tu seno...
Embriagadas, confundidas
Las almas... yo te sostengo
Desfallecida en mis brazos...
Y en los tuyos desfallezco...
¡Clori! la mente delira;
Yo en fijarla en lo que leo
Me afano, su error acuso,
Y al libro obstinado vuelvo;
Empeñándome, estudioso,
En buscar con nuevo anhelo
En la luz de sus doctrinas
A mi mal algún remedio.
Empero todo es en vano;
Y por más que atarla quiero,
Sin saber cómo, ocupada
De ti siempre la sorprendo.
Rifola; pero replica
Que tú sola eres su empleo;
Y así en tu amor y mis penas
Contino que estudiar tengo.

ROMANCE XXXIV.

LA TARDE.

Ya el Héspero delicioso,
Entre nubes agradables,
Cual precursor de la noche,
Por el Occidente sale;
Desde allí, con su almo brillo
Deshaciendo mil celajes,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante.
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia hierba
Su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
Y de un aroma suave,
Despidiéndose del día,
Embalsaman todo el aire.
El sol afanado vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten,
Al morir, su augusta imagen;
Siniel á un globo de fuego
Que en vivas centellas arde,
Y en la bóveda parece
Del firmamento enclavarse,

Él de su altísima cumbre (1)
Veloz se despeña, y cae
Del Océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
¡Oh! ¡qué visos! ¡qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes!
Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables,
El cardeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas,
Y parece que retrae
Indeciso el sol sus pasos,
Y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte,
Como un cendal delicado,
Que en su ámbito inmensurable,
En un momento extendido,
Veloz al suelo se abate,
A que en tan rápida fuga
Su vislumbre centellante,
Envuelto en débiles nieblas,
Ya sin pábulo desmaye.
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cual al seno de una peña,
Cual á lo hojoso de un sauce;
Y á sus guardias los toscos
Selváticos animales,
Temblando al sentir la noche,
Se precipitan cobardes.
Suelta el arador (2) sus bueyes;
Y entre sencillos afanes,
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales;
Suena un confuso balido,
Gimiendo que los separen
Del dulce pasto, y las crías
Corren, llamando á sus madres.
Léjos las chozas humean,
Y los montes más distantes
Con las sombras se confunden,
Que sus altas cimas hacen.
De ellas á la excelsa esfera
Asomando designales
Estas sombras en un velo
A la vista impenetrable,
El universo parece
Que, de su acción incesante
Cansado, el reposo anhela,
Y al sueño va á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me commueve, y hace dulce
La memoria de mis males.
El verde oscuro del prado,
La niebla que en ondas se abre
Allá sobre el hondo río (3),
Los árboles de su margen,
Su deleitosa frescura,
Los vicientillos que baten
Entre las flores las alas,
Y sus esencias me traen,
Me enajenan y me olvidan
De las odiosas ciudades
Y de sus tristes jardines,
Hijos miseros del arte.
Liberal naturaleza (4),

(1) De la alta cima del cielo.

Así decía la primera edición.

(2) Labrador en la primera edición.

(3) En lugar de este verso y el anterior,

escribió MELENDEZ en un principio:

La niebla que undosa á alzarse

Empieza del hondo río.

(4) Rica la naturaleza. (Variante.)

Porque mi pecho se sacie,
Me brinda con mil placeres
En su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso;
Dudosos los piés no saben
Dó se vuelven, dó caminan,
Dó se apresuran, dó paren.
Cruzo la tendida vega
Con inquietud anhelante
Por si en la fatiga logro
Que mi espíritu se calme;
Mis pasos se precipitan;
Mas nada en mi alivio vale,
Que agigantadas las sombras
Me siguen para aterrarme.
Trepo, huyéndolas, la cima,
Y al ver sus riscos salvajes,
«¡Ay! exclamo, ¡quién, cual ellos,
Insensible se tornase!»
Bajo del collado al río,
Y entre las lóbregas calles
De altos árboles, el pecho
Más pavoroso me late (1).
Miro las tajadas rocas,
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros
Sus cristalinos raudales.
Lléname de horror sus sombras,
Y el ronco fragoso embate
De las aguas, más profundo
Hace este horror, y más grave.
Así, azorado y medroso,
Al cielo empiezo á quejarme
De mis amargas desdichas,
Y á lanzar dolientes ayes;
Mientras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y el manto la noche tiende,
Que el crepúsculo deshace (2).

ROMANCE XXXV.

LOS ARADORES.

¡Oh! ¡qué bien ante mis ojos
Por la ladera pendiente,
Sobre la esteva encorvados,
Los aradores parecen!
¡Cómo la luciente reja
Se imprime profundamente,
Cuando en prolongados surcos
El tendido campo hienden!
Con lentitud fatigosa
Los animales pacientes,
La dura cerviz alzada,
Tiran del arado fuerte.
Animálos con su grito,
Y con su aguijón los hiere
El tosco gañán, que en medio
Su fatiga canta alegre.
La letra y pausado tono
Con las medidas convienen
Del cansado lento paso
Que asientan los tardos bueyes.
Ellos, las anchas narices
Abren á su aliento ardiente,
Que por la frente rugosa
El hielo en aljófara vuelve;
Y el gañán aguija y canta,
Y el sol que alzándose viene,
Con sus vivíficos rayos
Le calienta y esclarece.
¡Invierno! ¡invierno! aunque triste,
Aun conservas tus placeres,

(1) Lleno de pavor me late. (Variante.)
(2) MELÉNDEZ corrigió poco este celebrado romance; pero añadió en el once cuartetas: 2.º, 6.º, 12.º, 13.º, 15.º, 17.º, 19.º, 27.º, 28.º, 29.º, 32.º Las más de ellas sólo sirven para desleír las ideas, y creemos que dañan al romance primitivo, escrito con mayor sobriedad y lozanía.

DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

Y entre tus lluvias y vientos
Halla ocupación la mente,
Aun agrada ver el campo
Todo alfombrado de nieve,
En cuyo cándido velo
Sus rayos el sol refleja.
Aun agrada con la vista
Por sus abismos perderse,
Yerta la naturaleza
Y en un silencio elocuente;
Sin que halle el mayor cuidado
Ni el lindero de la suerte,
Ni sus desiguales surcos,
Ni la miés que oculta crece,
De los árboles las ramas,
Al peso encorvadas, ceden,
Y á la tierra fuerzas piden
Para poder sostenerse.
La sierra con su albo manto
Una muralla esplendente,
Que une el suelo al firmamento,
Allá á lo lejos ofrece;
Mientras en las hondas gargantas
Despeñados los torrentes,
La imaginación asustan,
Cuanto el oído ensordecen;
Y en quietud descansa el mundo,
Y callado el viento duerme,
Y en el redil el ganado,
Y el buey gime en el pesebre.
¡Pues qué, cuando de las nubes
Retumbando se desprenden
Los aguaceros, y el día
Ahogado entre sombras muere,
Y con estrépito inmenso
Cenagosos se embravecen
Fuera de madre los ríos,
Batiendo diques y puentes!
Crece el diluvio; anegadas
Las llanuras desaparecen,
Y árboles y chozas tiemblan
Del viento el furor vehemente,
Que arbatando las nubes,
Cual sierras de niebla leve,
De aquí allá en rápido soplo,
En formas mil las revuelve;
Y el imperio de las sombras,
Y los vendavales crecen;
Y el hombre, atónito y mudo,
Palpita de horror y teme.
O bien la helada punzante
La tierra en mármol convierte,
Y al hogar en ocio ingrato
El gañán las horas pierde.
Cubiertos de blanca escarcha,
Como de marfil parecen
Los árboles ateridos,
Y de alabastro la fuente.
Sonoro y rígido el prado
La planta, hollado, repele;
Y doquier el dios del hielo
Su saúdo mando ejerce;
Hasta que el suave favonio
Vuela, y el vital ambiente
Con su plácida templanza
Tan duros grillos disuelve.
El día rápido vuela;
No asoma el sol por Oriente,
Cuando sin luz al ocaso
Precipitado descende;
Porque la noche sus velos
Sobre la tierra despliegue,
De los fantasmas seguida
Que en ella el vulgo ver suele.
Así el invierno ceñido
Reina con cetro inclemente,
Y entre escarchas y aguaceros
Y nieve y nubes se envuelve.
Y de dónde estos horrores,
Este trastorno aparente,
Que en Enero su fin halla,
Y que ya empezó el Noviembre?

Del orden con que los tiempos
Alternados se suceden,
Durando naturaleza
La misma y mudable siempre.
Estos hielos erizados,
Estas lluvias, estas nieves,
Y nieblas y roncós vientos,
Que hoy el ánimo estremecen,
Serán las flores del Mayo,
Serán de Julio las mieses,
Y las perfumadas frutas
Con que Octubre se enriquece.
Hoy el arador se afana,
Y en cada surco que mueve,
Miles encierra de espigas
Para los futuros meses.
Misteriosamente ocultas
En esos granos, que extiende
Doquier liberal su mano,
Y en los terrones se pierden.
Ved cuál, fecunda la tierra,
Sus gérmenes desenvuelve
Para abrirnos sus tesoros
Profusa y risueñamente.
Ved cómo ya retoñando
La rompe la hojilla débil,
Y como el rojo sombrío
Realza su intenso verde;
Verde que el tostado Julio
En oro convertir debe,
Y en una selva de espigas
Esos cogollos naciendo.
Trabaja, arador, trabaja
Con ánimo y pecho fuerte,
Ya en tu esperanza embriagado
Del verano en las mercedes.
Cumple tu noble destino,
Y haz, cantando, tu afán leve,
Mientras insufrible abruma
El fastidio al ocio muelle,
Que entre la pluma y la holandá
Sumido en sueño y placeres,
Jamás vió del sol la pompa
Cuando lumbroso amanece;
Jamás gozó con el alba
Del campo el plácido ambiente,
De la matinal alondra
Los trinos vivos y alegres.
Trabaja, y fía á tu madre
La prolífica simiente,
Por cuyo felice cambio
La abundancia te prometes;
Que ella te dará profusa
Con que tu seno se aquiete,
Se alimenten tus deseos,
Tu sudor se remunere;
Puesto que en él y tus brazos,
Honrado, la fausta suerte
Vinculas de tu familia,
Y libre en tus campos eres.
Tu esposa al hogar humilde,
Apacible te previene
Sobria mesa, grato lecho,
Y cariño y fe perennes;
Que oficiosa compañera
De tus gozos y quehaceres,
Su ternura cada día
Con su diligencia crece;
Y tus pequeñuelos hijos,
Anhelándote impacientes,
Corren al umbral, te llaman,
Y tiemblan si te detienes.
Llegas, y en torno apiñados
Halagándote, enloquecen;
La mano el uno te toma,
De tu cuello el otro pende;
Tu amada al paternal beso
Desde sus brazos te ofrece
El que entre su seno abriga,
Y alimenta con su leche;
Que en sus fiestas y gorjeos
Pagarte ahincado parece

ROMANCES.

Del pan que ya le preparas
De los surcos donde vientes,
Y la ahijada el mayorcillo
Como en triunfo llevar quiere:
La madre el empeño rie,
Y tú, animándole alegre,
Te imaginas ver los juegos
Con que en tus faustas niñeces
A tu padre entretenías,
Cual tu hijuelo hoy te entretiene.
Ardiendo el hogar te espera,
Que con su calor clemente
Lanzará el hielo y cansancio
Que tus miembros entorpecen;
Y luego, aunque en pobre lecho,
Mientras que placido duermes,
La alma paz y la inocencia
Velarán por defenderte;
Hasta que el naciente día
Con sus rayos te despierte,
Y á empuñar tornes la esteva
Y á regir tus mansos bueyes.
¡Vida ignorada y dichosa!
Que ni alcanza ni merece
Quien de las ciegas pasiones
El odioso imperio siente.
¡Vida angelical y pura!
En que con su Dios se entiende
Sencillo el mortal, y le halla
Doquier pródigo y presente;
A quien el poder perdona,
Que los mentirosos bienes
De la ambición tiene en nada,
Cuanto ignora sus reveses.
Vida de fácil llaneza,
De libertad inocente,
En que dueño de sí el hombre,
Sin orgullo se ennoblece;
En que la salud abunda,
En que el trabajo divierte,
El tedio se desconoce,
Y entrada el vicio no tiene;
Y en que un día y otro día
Pacíficos se suceden,
Cual aguas de un manso río,
Risueñas é iguales siempre.
¡Oh! ¡quién gozarte alcanzará!
¡Oh! ¡quién tras tantos vaivenes
De la inclemente fortuna,
Un pobre arador viviese!
Uno cual estas que veo,
Que ni codician, ni temen,
Ni esclavitud los humilla,
Ni la vanidad los pierde,
Lejos de la envidia torpe
Y de la calumnia leve,
Hasta que á mi aliento frágil
Cortase el hilo la muerte.

ROMANCE XXXVI.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡Oh! ¡qué mal se posa el sueño
Sobre ojos que el amor abre,
Ni con sus dulces cuidados
Su grata calma hizo paces!
Las dos sueñan; y rendidos
De sus amargos afanes,
A un pacífico letargo
Se abandonan los mortales (1).
Yo solo velo, bien mio,
Y en ocupación suave,
Con tu cariño y mis penas
Regalo mi pecho amante;
Yendo y tornando el deseo,
Sin que ni un momento pare,
Hasta el lecho silencioso,
Do en plácido sueño yaces;

(1) En un plácido letargo
Todos los vientos yacen. (Variante.)

Do en libre y feliz soltura
Las formas inimitables
De tu belleza sin velo
Logran todo su realce.
¡Oh! ¡qué de gozos y bienes
De allá en su ilusión me trae!
¡Qué de esperanzas me adula!
Y ¡qué de estorbos deshace! (2).
Si los reyes de la tierra
Pusieran en este instante
Su cetro á mis piés en cambio
La gloria que en tí me cabe (3),
¡Qué ufano los desdenara
Mi corazón! pues ¡qué valen
Su oro y pompa y señorio,
Con mi embeleso inefable!
Tú lo di, ¡oh luna! que atiendes
Mis finezas; tú, que sabes
De este corazón las ansias,
Y cuán tierno ora me late.
Dilo tú, que en tus amores
Ciega un tiempo, abandonaste
Por tu pastor dormido
Las esferas celestiales,
Y entre las sombras marchando
Con planta y pecho anhelante,
Estática y silenciosa
Descansabas con mirarle;
Hasta que en tu ardiente seno,
Premiándolo, con mil ayes
Tímido el suyo alentabas
A que más y más gozase.
Dilo pues, hermosa luna,
¡Así en tus visitas halles
A tu Endimión venturoso
Cada noche más galante!
Inmóvil, los ojos fijos
Sobre tu albergue: enviadle,
Clamo á los cielos, los sueños
Más ligeros y agradables.
Volad, frescos ceñillos,
Volad, y batid el aire,
Que fácil su labio aspire,
Porque más grata descansen;
Colmad de suaves esencias
Su estancia; flor en los valles
No abra el cáliz, que en tributo
De mi Clori no se exhale.
La armoniosa filomena,
Cuyo pico lamentable
Trina en el bosque, á su oído
Hoy no ensaye otros cantares (4)
Que los que en quiebros canoros
Su imaginación halaguen,
Dén pábulo á su ternura,
Y su corazón inflamen.
Y tú, en solícito anhelo,
Los sueños más deleitables,
Amor, á su mente ofrece,
Con que se goce y regale;
Haz que trisque con las Gracias,
Haz que su hermana la llamen,
Y que de rosa y jazmines
Cifran su sien y la abracen.
Entre sus albas corderas
Salga á la vega, un enjambre
De cupidillos la siga,
Y adórenla los zagales;

(2) Así escribió MELÉNDEZ en un principio esta cuarteta:

¡Oh, qué de cosas á un tiempo
La imaginación me trae!
¡Qué de venturas me finge,
Y qué de estorbos deshace!

(3) De mi dulce amor, ¡qué fácil. (Variante.)

(4) Estos tres versos se escribieron primero así:

Que en su trinar lamentable
Encanta el bosque, á su oído
Repita dulce sus ayes.

O aplaudida áun de las bellas,
Luzca gallarda en el baile,
Rindiendo á cuantos la miren
Con sus pasos y su talle.
Entonces ¡oh Amor! presenta
Propicio mi fiel imagen
A sus piés, besando tierno
Las breves huellas que estampen.
Mi fineza le recuerda;
Dile, dile de mi parte
Que duerma en paz, pues yo velo,
Y mi fe la guardia le hace;
Dile mis blandos suspiros,
Y el éxtasi inexplicable
En que me ves, este lloro
Que del corazón me sale.
Este aquí presente verla,
Y como presente hablarle,
Y en mis cariños perderme,
Y en sus gracias embriagarme...
¡Dichosa holandá, dichosa
Veces mil! ¡oh! ¡quién lograrse
Gozar lo que avara gozas,
Saber cuanto feliz sabes!
¡Oh! ¡quién lograrse... En mis venas
Todo el fuego de amor arde,
Un dulce temblor me agita,
Plácido el seno me late.
La voz me falta... á mis ojos
Ven, grato sueño, ven fácil;
Y haz que el delirio que siento,
Entre tus brazos se calme (5).

ROMANCE XXXVII.

LA LIBERTAD.

Ve, Delio, con qué delicia,
Con qué agradable bullicio
Ese ruiseñor canoro
Se goza en el bosque umbrío.
Cual salta de ramo en ramo,
Cual en su alegre delirio
Va, y vuelve, y huye, y se pierde
Entre el verde laberinto.
Al impulso de sus alas
Y su revolar festivo,
Conmoviéndose, las hojas
Bullen en grato ruido;
Y corriendo de su seno
Aljofarado el rocío,
Como una lluvia de perlas
Parece del sol al brillo.
Ve con qué indecible gozo
Abre y cierra el dócil pico,
Y en su floreo suave
Se queda como embebido;
Engolfándose sin duda
Allá en repasar consigo
Algun gravísimo trance,
En que el infeliz se ha visto;
Hasta que saltando el lleno
De sus melodiosos trinos,
Su primor nos ensordece
Sabrosamente el oído;
Tan varió como sublime
En los quiebros infinitos,
Con que explica de su pecho
Los arrebatos más vivos.
Todo enmudece y le escucha;
Sólo á su armónico silbo
La alondra allá de las nubes
Responde en agudos piés;
Piés que dilata el eco,
Y él, más ardiente al oírlos,
Hasta rendirla redobla
Sus traspasantes suspiros,
Que sin fin el viento hinchado

(5) MELÉNDEZ añadió á este romance, al corregirlo, las cuartetas 4.º, 5.º, 10.º, 11.º, 12.º, 13.º, 18.º, 22.º, 25.º y 26.º

Cada vez más peregrinos
Alza el pútilo en sus alas
A las cumbres del Olimpo;
Y el valle todo es delicia,
Y armonía el cefirillo,
Vivas de triunfo las aves,
Y embeleso los sentidos.
Pues tantas salvas y cantos
Obra son, Delio querido,
De la libertad felice
Que ha logrado el pajarillo;
Cual rota la odiosa valla
Que embarzó su camino,
Se derrama el arroyuelo
Por todo un valle florido,
Y bullendo entre las guijas,
O durmiéndose tranquilo,
Es del ánimo y los ojos
Distraccion y regocijo.
Yacia el misero esclavo
Entre los dorados hilos
Y el encierro de una jaula,
Pendiente de ajeno arbitrio.
Solitario y triste en ella,
Sin hermosura ni aliño,
Siempre el alma en sus amores,
Siempre azorado y esquivo,
Acordando aquellas horas
Cuando en el sagrado asilo
De su nido acompañaba
A su esposa y dulces hijos,
O asentado en algun ramo
Orillas del manso río,
El murmullo de sus ondas
Remedaba entretenido.
En vano sobre él el tiempo,
Para olvidarle benigno
De su esclavitud odiosa,
Tornaba en plácido giro
Del Mayo las lindas flores,
La rubia miés del estío,
O del sosegado Octubre
La fresca y los racimos;
Pues siempre en su estrecha cárcel,
Mordiendo infeliz los grillos,
Lloraba sus desventuras
Sin mejorar su destino;
Cuando un acaso dichoso,
O el cielo apiadado, quiso
Que á su libre ser volviese,
Y á morar su antiguo nido;
Y así bullicioso y loco,
Y en movimiento continuo,
Salta y bulle, y trisca y canta,
Todo júbilo y cariños.
Otro tanto me sucede
Después que exento me miro,
Y que lancé de mi cuello
El yugo de amor indigno.
Que señor de mis deseos,
Y en gloriosa paz conmigo,
Sin comprar un gozo alevé
Con un siglo de martirios,
Siempre el sol claro me luce,
Siempre alegre canto y río,
Llenando mis fanstos días
Las Musas y mis amigos.

ROMANCE XXXVIII.
LAS VENDIMIAS.

Ya dió alegre el fresco otoño
La señal de la vendimia,
Y su voz redobla el eco
Por los valles y colinas.
Del peso dulce y opimo
De sus racimos vencida,
Al suelo la vid pomposa
La frente encorvada inclina;
Y entre el desmayado verde
Que su follaje mancilla,

Cual encendidos topacios
Las doradas uvas brillan;
O como el negro azabache
Que á la noche desafia,
Apinándose, el deseo
A su robo solicitan.
Alzándose el sol radiante
En brazos del nuevo día,
De Baco los largos dones
A recoger nos convida.
Las cestas, pues, se preparen,
Ordénense las cuadrillas,
Y al campo salid gritando:
«Honor al dios de las viñas.»
No haya escondido racimo
Que se escape á vuestra vista,
Que no corte vuestra mano,
Y el cnévano no reciba.
Dadme una cesta, muchachas;
Que quiero en tanta alegría
Compañero ser dichoso
De vuestra dulce fatiga;
Y allá en las tristes ciudades
Dejad que anhelantes giman,
Revueltos en mil cuidados,
Los necios que las habitan;
Que yo en los campos me gozo
Y en su soledad tranquila,
Y el afán de sus labores
El pecho me vivifica.
¡Oh! ¡cómo á la par por todos
Vuelan el gozo y la risa,
Y las traviesas tonadas
Nos entretienen y animan!
Hinchendo el plácido viento
Su estrépito y gritaría,
Que á los más tibios inflaman,
Y el desahogo autorizan.
Ved cómo Felicio el lado
Buscó de su amada Silvia,
Y los racimos le toma,
Y en el trabajo la alivia;
Mientras entre Arcadio y Delio
Se turba Nise indecisa,
Y á sus chanzas y cantares
Enmudece, como niña.
Daliso allí más osado
Corre tras Filis la linda,
La de los divinos ojos,
Y de voz muy más divina;
Y tomándola en sus brazos,
Por más que resiste y lidia,
Con el mosto de un racimo
Le regó frente y mejillas;
Y Enarda la bulliciosa
Allá con sutil malicia
Para su cesta se lleva
Cuanto á la de Silvio quita.
Todo es obra de las copas
Que Baco jovial nos brinda,
Y en placer nos enloquecen,
Y al amor dan osadía.
¡Llor al dios, que en su triunfo
Nos trajo allá de la India
Con la vid el suave néctar
Que sus racimos destilan!
¡Al de juventud perenne,
Que en faz risueña y benigna
Ora estos dulces racimos
Tan liberal nos prodiga!
Seguid, seguid bulliciosos
Con solícita agonía;
Que el júbilo bien no hermana
Con la fujedad indigna.
Ved por las cumbres del cielo
Cuál alzándose camina
Rápido el sol, y sus pasos
Culparán nuestra desidia;
Que él también reina en las vides,
Fausto los racimos cria,
Y hoy lo acedo de sus granos
Torna en delicioso almibar,

Pero con nueva algazara
Los victores se repitan,
Que el carro en triunfo á la aldea
Lleva las uvas cogidas.
Cúbrenlo á trechos, colgando,
Cual vencedoras insignias,
Los vástagos más frondosos,
Que el viento ondeando agita;
Y su próspera llegada
Con su bullicio anticipa
Un tropel de alegres niños,
Que en torno corriendo gritan.
Recíbelas la ancha troje,
Que las macera y envía
Do el lagarero enmostado
Con membrudo pié las pisa;
Y remedando al beodo,
Que ya en sus pasos vacila,
Ora titubeando marcha,
Ora sobre un pié se libra,
Y ora al monton mal hollado
La altiva frente domina,
Carga, lo derrama, y vuelve,
Y se hunde hasta la rodilla.
Rueda el tórculo gimiendo,
Y con inmensa ruina
Desciende el molar enorme,
En que su presión estriba.
Corre en arroyos el mosto;
Y Baco, la sien ceñida
De las hojas de sus parrás,
Desde una cuba lo mira.
Los silenos de su corte
En torno danzando giran,
Del licor sus tazas llenan,
Y beben y al dios lo liban;
Licor hoy de áspero gusto.
Mas que, hervido, será un día,
Más bien que el néctar de Jove,
El bálsamo de la vida;
El que alegre en los banquetes,
De al amor nuevas delicias,
Abra al misterio los labios,
Y en placer torne las iras.
Y él corre, y corre espumoso
Hasta las hondas vasijas,
Y en ellas, cual un torrente,
Sonando se precipita.
Todos palmean y á gritos
Aplauden á su caída;
La taza en las manos rueda,
Y á dulce delirio incita.
Quién canta, ó quién loco ríe,
Balbuciente aquél se explica,
Y hundirsele aquél la tierra
Siente, y se afana en asirla.
Uno en fraternal abrazo
Va, y con su rival se liga,
Y otro, al beber, con el mosto
Barba y pecho se rocía,
Y todo estrépito loco,
Todo algazara festiva,
Muy más fervientes con ellos
Los brindis se multiplican.
Así triunfa el dios del vino,
Así su inmortal bebida
Borra los cuidados tristes,
Los ánimos regocija.
En tanto del negro ocase
Desciende la noche umbria,
Y su manto de luceros
Tiende á la afónica vista;
Abrese la alegre danza,
Vivo el crótalo repica,
Y el ruidoso tamborino
Un nuevo delirio inspira.
Los jóvenes con mil pruebas
De destreza y gallardía
Ante sus bellas se ufanan,
Sus lentos pasos agujan.
¡Oh! ¡qué mudanzas y vueltas!
¡Con qué donaire y medida

Bate la planta la tierra,
Los brazos se abren y animan!
Delio á Nise estrecha ardiente,
Silvia á Felicio va unida,
Daliso á Filis rodea,
Y con Silvio Enarda trisca.
Todos aplauden y gozan,
Todos bullen á porfía,
Y en el calor con que Baco
Las llamas de amor atiza,
No hay quien baile indiferente,
Ni vendimiadora esquivia,
Alternando con las danzas
Los brindis y ardientes vivas.
Así el cansancio en los brazos
Del regocijo se olvida,
Y alegres nos ve la aurora
Correr de nuevo á las viñas,
A seguir con las tonadas
La labor entretenida.
Que huya el sol, cesa; y la noche
Con otro baile disipa.—
Cuando yo estos dulces versos
Cantaba á mi fácil lira,
En el ocio de mi aldea
En gloriosa paz vivía;
Fementido luégo el hado
Me arrastró á las grandes villas,
Vi la corte, y perdí en ella
Cuanto bien antes tenía.
Y así abrumado de afanes,
Siempre en duelos y agonias,
«¡Quién, exclame, se volviese
A su aldea y sus vendimias!»

ROMANCE XXXIX.
EL NAUFRAGO.

¡Cuándo, inconstante fortuna,
Dejarás de perseguirme,
Ni será blanco á tus tiros
Mi corazón infelice!
No eran ya, dime, sobradas
Tantas marañas y ardidés,
Y las traiciones y males
Que hasta aquí, erúel, me hiciste!
Desde los pasos primeros
Que dió en la senda difícil
De la vida mi inocencia,
Siempre enconada me afliges;
Siempre, cuando más lumbroso
Y en calma más bonancible
A resplandecer un día
Empezó á mis ojos tristes,
Burlando al ciego deseo,
Se alzaron á sumergirme
En larga y lóbrega noche
Cien tempestades horribles.
Sembre trigo, y cogí abrojos;
La vida ignorada y libre
Que mi corazón ansiaba,
Llegó un instante á reirme.
¡Cuán rápido fué este instante!
Tú en él mis venturas viste,
Y en tus redes engañosas
Envolviéndome invisible,
Me arrastraste al mar onduoso,
A arrostrar las fieras lides
De los enconados vientos
Entre Escilas y Caribdis.
¡Cómo escaparse del naufragio
Pudiera mi leño humilde,
O en las despeñadas olas
Vagar, y en ellas no hundirse!
Fué mi salud una playa,
Do á la envidia inaccesible,
De la bondad en el seno
Vivi tranquilo y felice;
Do rotos los crudos lazos
Con que atado ántes me vide,
Libre ante la faz del cielo

Pude, y honrado, decirme.
Tan alto bien, cual los sueños
Que en los aéreos pensiles
De la ilusión embriagada
La imaginación concibe,
Voló fugitiva sombra;
Cuando á mi airada volviste
Fortuna, y con férreo brazo
Precipitando mi esquiife
De nuevo al agua, «La muerte,
La muerte, si lo resistes,
Te aguarda cierta», gritaste;
Y yo en medio un mar sentime.
Pero ¡qué mar! ¡qué horrascas
Y huracanes tan terribles!
¡Qué vértigos! ¡qué á los cielos
Sus rizas olas subirse,
Y luégo en inmensos tumbos
De violencia irresistible
Estrellarse entre las rocas,
A tal impetu mal firmes!
Velada la lumbre clara
Del polo en un denso eclipse,
Perdido el rumbo, y sin puertos
Donde naufragos se abrigen,
Yo vi cien famosas naves
Sin piloto que las guie,
Rotos ya timón y quilla,
De repente ¡oh pasmol! hendirse;
Y vi sus ricos despojos
Entre cenagosas sirtes
Encallar, y con sus dueños
En los abismos sumirse.
Doquier la espantable muerte
El viento á sus iras sirve,
Su brazo hiere incansable,
El golfo en sangre se tinte;
Cuál nada y se agita en vano,
Cuál pugna á una vela asirse,
A uno la ola hunde cayendo,
Y otro se salva entre miles.
Yo en la agonía, y temblando
Irme cada instante á pique,
Clamé fervoroso al cielo,
Y el cielo se dignó oirme;
Que á la bondad jamás deja
Que desvalida suspire,
Y al que rendido le implora,
Siempre benévolo asiste.
Al fin quebrantado y laso
A tu ribera acogime,
¡Oh Garonal do en mis males,
Hacer una tregua quise.
¡Ay! en peregrinas playas
Ninguno sus dichas cifre;
La desgracia es azarosa,
Y del pobre todos rien.
Naufrago, extranjero, errante,
Ni un pecho hallé que sensible
Ni una lágrima vertiese
Sobre el dolor que me oprime;
Ni uno que enjugase al ménos
Las que derramaba tristes,
Ni uno, en fin, con quien el mio
Lograra amoroso abrirse.
Así desdeñoso, helado,
Cuando todo cuanto existe,
Renace en vitales llamas,
Me es su delicia insufrible.
En vano ya primavera
De luz y de flores ciñe
Su sien purpúrea, y del año
A los destinos preside;
Sus aromas deliciosos,
Los riquísimos matices
Con que engalana la tierra,
Que de verde y gualda viste,
Me son de mortal zozobra,
Pintándose otros países,
Y otros tan prósperos días,
Cual son éstos infelices.
Todo me abruma y desplace;

En mil inventos sublimes
Que un tiempo indagar ansiára,
Nada hay que mi anhelo excite.
Mi lira, á la mano indócil,
Pulsada, el són no repite,
Aunque sus himnos canoros
El mismo Apolo la inspire;
Y el ardor con que en las alas
Del genio hasta los confines
Me alcé del inmenso cielo,
En sueño eterno se extingue.
Mis ojos, bien como al polo
Fijo el iman se dirige,
Así hácia España se vuelven,
Y aun verla ilusos se figen.
Allí el nevado Moncayo
Con las estrellas se mide,
Y allá el yerto Guadarrama
Las dos Castillas divide;
Derrámase undoso el Bétis
Regando allá sus pensiles;
Y allí el Tajo á su alto dueño
En feudo su oro le rinde;
En Madrid el regio alcázar,
Descollándose, preside
A cien fábricas, y todas
Acatan su planta humildes.
¡Ay! este embeleso insano
Ya llega tan vivo á herirme,
Que el llanto mis ojos ciega,
Y es fuerza que los retire.
Así de esperanzas sólo
Mi llagado pecho vive,
Sin que haya ni un breve instante
Que de ti, España, me olvide.
¡Dulce patria! mientras llevo
Contigo dichoso á unirme,
Mis encendidos suspiros
Como de un hijo recibe.
Mi corazón vuela entre ellos,
Que por honrado y por firme
Tu amparo y favor merece,
Y con el más fiel compite.
Tú eres todo á mis deseos;
Tú, si enconos me persiguen,
Tú, si envidias me oscurecen,
Todas mis penas redimes.
Tu amor en mis venas hierve,
Y con tus gloriosos timbres
Me gozaré envanecido,
Mientras el seno me palpita.
Necesidad imperiosa
Me echó de tí; bien lo gime
Mi bondad, y esta memoria
De dogal atroz me sirve.
Mira, pues, cual madre tierna
Una desgracia imposible
De contrastar, y en tus ojos
De mi paz mire yo el tris.
Caiga la discordia impia;
No más en tu seno atices
Su volcan, y hunda el averno
Odios y memorias viles.
Húndalos, y de tus hijos
No más, ilusa, te prives,
No más sus votos desdeñes,
No más la virtud mancilles.
¡Oh! ¡cuando este ansiado día,
Que con mil lágrimas pide
Mi dolor al justo cielo,
Fausto empezará á incirme!
¡Cuando en tu plácida orilla,
Que ora Abril de flores viste,
Podrá, humilde Manzanares,
Volver mi cítara á oirse!
¡Y mis lágrimas de gozo
Se unirán con tus sutiles
Claros linfas, y mis cantos
Con tu murmullo apacible;
A par que de mis naufragios,
Cual otro sufrido Ulises,
Las lamentables historias

Repita seguro y libre!
 ¡Cuándo en mis estrechos lares,
 Que hoy en soledad se afligen
 Sin su dueño, salvo y ledo
 Tornarán á recibirle,
 Donde en venturoso olvido
 Reine y en pobreza humilde,
 Sin que ni celos ni enconos
 Contra su bondad conspiren!
 ¡Al ver mis dulces amigos,
 ¡Ay! será que fino á unirse
 Mi pecho á su pecho llegue,
 Y su ardor les comuniqué,
 Hallando en sus tiernos brazos,
 A mi eterno amor sensibles,
 Un puerto, do al fin gozoso
 Por siempre y en paz respire!
 ¡Cuándo, cuándo, patria mia,
 Lograré feliz decirte:
 Ya te abrazo; el noble fendo,
 Grata, de mi amor admite!
 Admítelo, y con tu nombre
 Mi nombre orgulloso brille,
 Y con tu vida mi vida
 Por siempre se identifique;
 Que jamás ni fuerza humana
 De tí podrá dividirme,
 Ni hasta el último suspiro
 Cesará fiel de servirte;
 Siendo en él mi anhelo ardiente
 Que con gloria inmarcesible
 Brilles así entre los pueblos,
 Y el cetro, angusta, sublimes,
 Cual el sol, padre del día,
 Cuando descollando ríe
 Por Oriente, que los astros
 Se hunden ante él invisibles. [gracias
 ¡Cuándo... Un naufrago, en des-
 Muy más que en cantar insigne,
 Así hablaba con su patria,
 Cual si ella cuidase oírle!
 De repente mil recuerdos
 El corazón le comprimen,
 Su lengua el dolor le anuda,
 Sus quejas el llanto impide;
 Y á España vueltos los ojos,
 ¡Ay amada España! dice:
 El eco en torno vagando,
 ¡España! ¡España! repite.

ROMANCE XL.

LOS SUSPIROS DE UN PROSCRITO.

Era la noche, y la luna
 Su carro al cenit subía,
 El adormecido mundo
 Bañando en su luz benigna.
 Todo sin acción callaba;
 Su ala, apenas fugitiva,
 Movía el blando favonio,
 Bullendo en la selva umbría;
 O algún ave solitaria
 Gritando despavorida,
 El imperio de las sombras
 Más melancólico hacía,
 Del fúnebre aciago canto
 Las cláusulas repetidas
 En la voz del eco triste
 Por las opuestas colinas;
 Cuando un infeliz proscrito,
 A quien sus cuidados privan
 Del sueño, que á los dichosos
 Sólo placido visita,
 Sobre una escarpada roca,
 Que el horizonte domina,
 Y libre á los ojos deja
 El paso á las dos Castillas,
 Pensando en las dulces prendas
 De su amor y sus delicias,
 Bañado en lágrimas tristes,
 Así angustiado decía:

«Volad, dolientes suspiros,
 Hasta mi esposa querida,
 Muy más que yo afortunados,
 Y llevadle el alma mía;
 »Llevadle de este infelice
 Las lágrimas encendidas,
 Y la indeleble memoria
 De nuestras pasadas dichas.
 »Id, suspiros, y llevadle
 La fe inalterable y fina
 De un esposo que la adora,
 Y vive porque ella viva.
 »Id, volad, suspiros míos,
 Y á mi idolatrada hija
 Llevad el dulce besillo
 Que un tiempo darle solía.
 »¡Ah! ya no; que blanco triste
 Del concono y la mentira,
 Padre infeliz, ver no puedo
 Ni sus juegos ni sus risas;
 »No gozar de su semblante
 La sencillez expresiva,
 Ni una gracia, un solo halago
 De cuantos loco le oía;
 »Ya si entre amables gorjeos
 Tendidas las manecitas,
 Que en mis brazos la tomase
 Solicitaba festiva;
 »Ya si en mis tiernos cariños
 Las bulliciosas pupilas
 De sus ojuelos de gloria
 Se gozaban, en mí fijas;
 »O si de su hermosa madre
 En el seno adormecida,
 Aun en su feliz reposo
 A nuestro amor sonreía.
 »¡Oh Dios! todo ha fenecido;
 Todo una estrella maligna,
 Todo lo trocá en las furias
 Que hoy mi espíritu atosigan;
 »Que en un horroroso caos
 Envolviéndolo, me abisman;
 Y á mil altas esperanzas
 Por siempre el verdor marchitan.
 »¡Cuitado! rotos los lazos
 Que con la patria me ligan,
 Mi honor y pobre fortuna
 A merced de la malicia,
 »Errante, en suelo extranjero,
 En olvido á mi familia,
 Y á mis amigos falaces
 Ocasión de burla impía,
 »¡Qué por apurar me queda!
 Ni en tal colmo de desdichas,
 ¿Dónde hallar quien de mis hados
 Benigno temple las iras?
 »Sólo tú, adorada esposa,
 Tú eres sólo quien mitiga
 Con ese tesón mis males,
 Y con tu virtud me animas.
 »Tú, en cuya bondad me apoyo,
 Que angelical dulcificas,
 Con tus cartas, de mis ansias
 El intensísimo acibar.
 »Así, la infeliz memoria
 Clavada en tí noche y día,
 En este abismo espantoso
 Aguantar puedo la vida.
 »¡Vida...! No así, esposa, llames
 La lentitud infinita
 Con que sobre mi existencia
 Aherrojado el tiempo gira;
 »Este cavilar eterno,
 Este sin hallar salida,
 Vagar en la incertidumbre
 Más dolorosa y sombría;
 »Hundiéndose así los meses,
 Siempre en la misma fatiga
 De ansiar un fin que no llega,
 Y en que el ánimo agoniza.
 »¡Oh horror! ¡oh ultraje! ¡oh despe-
 Las lágrimas mis mejillas [cho!

Cual de dos fuentes inundan,
 Y el seno ahogado palpita.
 »Todo mi ser se estremece,
 Y hasta mi existencia misma
 Me horroriza al echar ménos
 Mi entrañable compañía.
 »Yo no las veré...! ¡por siempre
 Sin su amor y sus caricias,
 Hasta que la cruda Parca
 Mi lazo mortal divida!
 »Sin tener ¡oh desconsuelo!
 Tal vez ni una mano amiga
 Que mis apagados ojos
 Cierre en mi última agonía;
 »Ni quien en la humilde tumba
 Con entrañas compasivas
 Algunas lágrimas vierta,
 Y el eterno adios me diga.
 »Y ellas en su inmenso duelo
 Vagarán llorando, heridas
 Del grito y los rudos golpes
 Que contra mí el odio vibra;
 »Pobres, miserables, holladas,
 Demandando á la codicia
 El pan de dolores lleno,
 Que la indignancia mendiga....
 »¡Ay! guardad, queridas prendas,
 Con religion santa y pía
 De un padre y un fino esposo
 Los ayes que hoy os envía;
 »Guardad, ídolos del alma,
 La que, entre ellos confundida,
 Para vos exhala ardiente,
 Y allá unánimes partidla.
 »Vendrá un tiempo en que estas an-
 En vuestra orfandad esquiva [sias,
 Recuerdos mil renovando,
 De consuelo y paz os sirvan,
 »Cuándo yo en eterno sueño
 Descanse en la tumba fría,
 Do se extinguirán las teas
 Que hoy ciego el error agita;
 »Que allí la envidia no muerde,
 El engaño no alucina;
 Ni con su tósigo abrasa
 La calumnia fementida.
 »¡Infelices! ¡por qué estrella
 Se ve con mi suerte nuda
 Vuestra suerte, y á los cielos
 Un amor tan santo irrita?
 »Dichosas sin mí vosotras;
 Yo sin las dos me reíría
 De cuantos con necio concono
 En mi perdición conspiran.
 »Los hombres herirme pueden;
 Pero mi honor sin mancha
 Brillará como el sol claro
 Cuando un instante se eclipsa,
 »Que luego muy más lumbroso,
 Su frente alzando divina,
 Las nieblas que le oscurecen
 Al abismo precipita.
 »Vendrá un día en que imparciales
 La razón y la justicia
 Me honrarán, cual hoy me infaman
 La impostura y la perfidia;
 »En que los gritos falaces
 Con que hoy el vulgo alucina,
 La verdad los enmudezca,
 La religion los proscriba,
 »Adornando el triunfal lanro
 La frente que ora abatida,
 Cual marchita flor, apenas
 En su oprobio al cielo mira.
 »Oprobio... no, amada esposa,
 El oprobio es la injusticia;
 La virtud es noble y fuerte;
 El delito solo humilla.
 »¡Ay! ¡si yo verte alcanzase!
 ¡Si en mi proscrición indigna
 Me diesen gozar tu lado
 Y el de esa adorable niña!

»Si yo vuestro llanto triste,
 Y el que mis ojos desfilan
 Enjugaseis vos, en uno
 Nuestras lástimas fundidas,
 »Como tres débiles plantas
 Que abrazándose se afirman
 De los recios vendavales
 Contra las bárbaras iras!
 »Mi ansiar fuera entónces ménos;
 Mas lejos de vuestra vista
 No hay mal que el alma no tiemble
 De cuantos fiel imagina;
 »Yendo en alas del cuidado
 Con incesante corrida,
 Donde el amor y el deseo
 Su bien y su gloria cifran.
 »Allí, prendas adoradas,
 Os oigo, os hablo, y perdidas
 Viéndoos por mí, con vos lloro
 En vuestra inmensa ruina.
 »Apoyadas en mi seno,
 En el vuestro se reclina
 Mi dolor, en uno unidos,
 Cual lo están las almas mismas;
 »Y así vuestros blandos ayes
 Mi labio anhelo aspira,
 Y vuestro llanto y mi llanto
 En uno se identifican.
 »O bien ya placido el cielo,
 Los pesares se me olvidan,
 Gozo mis ansias se vuelven,
 Mis lágrimas dulce risa;
 »Soñadome que el concono
 Y la calumnia homicida
 Deshechos, sus impías tramas
 Ya la verdad ilumina.
 »Y volando á vuestros brazos,
 En celestial alegría
 Me anego yo, entre los míos
 Os pedéis en mis caricias;
 »Y en pos me aclaman los buenos,
 Y mis méritos se estiman,
 Tierra la patria me abraza,
 Y mis amigos me abrigan....
 »Pero ¡qué miserables quejas,
 Qué plegarias doloridas
 Mi oído afligen...! ¡qué sombras
 Llorosas á mí se inclinan!
 »Desaliñado el cabello
 Y las ropas mal ceñidas,
 Sin aliento, en las tinieblas
 Su planta débil vacila.
 »A gemir tornan de nuevo....!
 Mi azorada fantasta
 Me finge las formas tristes
 De mi esposa y de mi Elisa;
 »Las formas, ¡ah! no las gracias
 Que un tiempo me embecian,
 De la madre el gentil talle,
 Tu inocencia, infeliz hija.
 »Ellas son.... ellas son.... ¡cielos!
 Ya vuestra piedad benigna
 Oyó mis fervientes ansias,
 Y mis dolores se alivian.
 »Venid, venid á mis brazos,
 Hija, esposa, fiel amiga;
 Llegad, amparo y consuelo
 Y mitad del alma mía.
 »Ya soy feliz con vosotras;
 Abrazadme, y que indivisas
 Nuestra vida y nuestra suerte,
 Unas por siempre se digan.
 »Aquí será nuestra patria;
 Lejos aquí de la envidia,
 Un nuevo eden plantaremos
 Para los tres, de delicias;
 »Un eden do, inaccesibles
 A las viles arterias
 De la traición, al engaño,
 Que cuando halaga, asesina,
 »Respiremos ya dichosos,
 Y en inefable armonía

La inocencia y paz goceamos,
 De que los hombres nos privan...»
 Acercábanse las sombras,
 Y él, ambas manos tendidas,
 A abrazarlas cariñoso
 Recibiéndolas corria;
 Empero al querer tocarlas,
 Pavoroso el viento silba,
 Las sombras desaparecen
 Y la ilusión se disipa.
 Cayó desmayado; el alba
 Sumido en su inmensa cuita
 Le halló otro día, en su llanto
 Bañándole enternecida;
 Mas vuelto en sí con sus fuegos,
 La vista en el cielo fija,
 Y de nuevo «¡Ay dulce esposa...!
 ¡Ay hija infeliz!», suspira.

ROMANCE XLII.

MIS DESEÑANOS.

Un tiempo en las dulces redes
 Del amor viví cautivo;
 Canté alegre su embeleso,
 Lloré celos y desvíos.
 Las halagüeñas miradas
 De unos ojos, que festivos,
 Cuanto miraban rendían
 Con su donaire y su brillo;
 A mi ciego me trajeron,
 Gozando en ellas los míos
 Gloria tal, que aún me enloquece
 Cuando á solas la imagino.
 Luego un habla y una boca
 Tan linda, de tal hechizo,
 A tan altos pensamientos,
 Y á un talento tan divino
 Se unieron, que cuanto cabe
 En delicias y martirios,
 Sufrir pude desdeñado,
 Disfruté favorecido.
 Sueño fugaz mis niñeces,
 A sus ardientes delirios
 La austera razón opuso
 Sus celestiales avisos.
 Lloré y dolíme, y ansioso
 De otros bienes, con altivo
 Pensamiento, de las ciencias
 Soadar osé los abismos.
 La augusta filosofía,
 Sus tesoros peregrinos
 Ostentando ante mis ojos,
 Me arrebató embebecido.
 Una flor, un vil insecto,
 El pintado pajarillo,
 La planta, el viento, la lluvia,
 Del trueno el ronco ruido,
 Cuando espantosa la nube
 Desgarrándose, del vivo
 Relámpago nos deslumbra
 El rápido ardiente giro;
 El murmulante arroyuelo,
 Que saltando fugitivo
 Entre guijuelas y flores,
 Va á perderse en el gran río;
 Mientras él sus ricas ondas
 Bueda con pasos torcidos,
 Regando cien largas vegas,
 Otro siempre, y siempre el mismo,
 Fueron mi incesante estudio;
 Vióme entre su horror tranquilo
 La noche, me halló la aurora
 Mudo, estático en mis libros,
 O bien con alas del fuego
 Perderme en vuelo atrevido
 De la nada y del espacio
 Por el inmenso vacío,
 Hasta topar con el trono
 Que en las cumbres del Olimpo
 Asentó aquel que modera
 La eternidad y los siglos.
 Y ¡con qué fruto! A las gratas
 Ilusiones que de niño
 Me embriagaban, sucedieron
 Mil téticos desvarios.
 Dudar, cavilar, y nada
 De cierto; vago, perdido
 De encontradas opiniones
 Por un ciego laberinto,
 Sin alcanzar quien me diese
 De Ariadna el feliz hilo
 Para seguirle, ó me alzase,
 Natura, tu velo umbrío.
 Quisé apurar de los seres
 Las esencias, el destino
 Que á ella señalarles plugo
 En este todo infinito.
 De dó su hoguera alimenta
 El claro sol; qué principio
 Dispara el placido viento
 En rápidos torbellinos;
 Por qué el Océano inmenso
 Va, y huye, y torna, impelido
 De una ley siempre constante,
 De la playa á sus dominios;
 Por qué.... Vendados los ojos
 Corrí, cual, errado el tino,
 Da el viandante en negra noche
 De uno en otro precipicio.
 Entónces mi hidalgo seno
 La ambición de mil prestigios
 Llenó, arrastróme á la corte,
 Y engolfóme en sus peligros.
 ¡Oh qué días! ¡qué zozobras!
 Siempre del ajeno arbitrio
 Colgado, aherrojado siempre
 Cual vil esclavo entre grillos;
 De crímenes rodeado,
 Con labio y ceño sombríos,
 Aunque lo llorase el alma,
 Implorando su castigo;
 Y de ellos y la inocencia
 Oyendo el lloroso grito,
 El crujir de las cadenas,
 Y del hambre los suspiros;
 Ir, volver, buscando ansioso
 La dulce paz, el desvío
 De un cargo en que ahogarme tiem-
 Am hoy, que lejos lo miro. [blo,